Salamanca: El secreto del dios winka

Esteban Aguetti

Autor: Matías Aguetti

Diseño de Tapa: Sara Carrizo Facebook: Necroarte

Adaptación, armado y diseño de interiores: Matías Aguetti

Ilustración: Sara Carrizo

Contacto: aguettimatias@gmail.com

Facebook:Las Voces de la Salamanca

A Sarín, mi musa fiel, eterna compañera en mis desvelos,
Incansable consejera, capaz de comprenderlo todo.
Sin ella esto nunca hubiera sido posible.

A mi madre, que alimentó mi amor por la literatura,
y jamás me dijo que renunciara al difícil camino de los sueños.

A mi padre, que aunque ajeno a mi mundo,
Siempre dio su apoyo incondicional, y soporta todo
El peso de mis sueños y los de los demás.

A Ramón, Pablo,Emiliano, Marcos, Agustín, Roberto, Facundo, Marce,
Y todos aquellos incontables que han estado a mi lado,
Que han escuchado mis desvaríos entre vinos y metal.

01. Los preparativos

Córdoba, Argentina
Febrero de 1863

Las sombras del atardecer se alargaban sobre las polvorientas calles cordobesas. El aire campestre, pausado y afable de la capital provincial contrastaba con el convulso clima de la guerra civil que azotaba a la nación desde que se separara de la corona española. Los transeúntes se saludaban unos a otros, las criadas circulaban con canastas llenas de víveres, volviendo del mercado o llevando dulces caseros en obsequio a los vecinos. Aquella ciudad tranquila, incauta del destino, como todos los terrestres, incapaces nosotros de prever nuestro porvenir.

De una fastuosa casona ubicada en el rústico centro urbano, salía el afamado general Wenceslao Paunero, aquel militar uruguayo de gran renombre que había sido contratado para limpiar el suelo argentino del insidioso gauchaje rebelde. Aquellos que se oponían a los esfuerzos civilizadores de la capital, impidiendo que la nación finalmente lograse consolidarse.

Sonriente tras su abundante y oscura barba, el general parecía especialmente alegre por algo. Se despedía de otro hombre de aspecto recio y respetable, ambos intercambiando sendas cortesías.

Terminados los saludos de rigor, el general subió al elegante coche que aguardaba frente a la casona desde hacía algún rato. Inmediatamente el cochero azuzó a los cuatro caballos, quienes se pusieron en marcha con el estruendo de los cascos y las ruedas de madera sobre la sinuosa calle. Tras el paso del vehículo y las bestias que de él tiraban, un polvaderal asfixiante se levantó e invadió todo el aire, así como los ojos y las fosas nasales del viejo que desde la cuadra de enfrente observaba toda la escena, sentado bajo un viejo jacarandá, que a esas alturas del otoño ya estaba desprovisto hasta de las últimas hojas. Vestía ropas de mendigo y se sentaba con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra una pared. En frente suyo, un maltrecho gorro de panza de burro contenía algunas monedas y un billete que él mismo había puesto. No obstante, en cuanto se hubo marchado el general en su vehículo, el viejo abandonó su relajada postura. Se puso en pie, se sacudió el polvo de las

ya mugrientas ropas y emprendió su renqueante andar con rumbo a la plaza central de la ciudad.

Ya en el sitio, caminó por los senderitos que discurrían entre la alfalfa que crecía libremente por toda la plaza. Un hombre viejo y desgarbado, vistiendo una raída levita iba en ese momento de una esquina a otra encendiendo las velas de los faroles que conformaban el escaso alumbrado público.

El viejo mendigo cruzó la plaza hasta ponerse bajo una de las muchas acacias que rodeaban la plaza. Una vez ahí, apoyado contra el áspero tronco, sacó papel, tabaco, armó un cigarro y, sirviéndose de un mechero, lo prendió, mientras miraba al coche doblar la esquina y detenerse frente a la catedral, justo en el momento en que un soldado en su azul uniforme, con las insignias de un oficial, detenía también su paso para atender a los llamados del general, que había sacado la mano para llamar la atención desde el coche. Inmediatamente la puerta se abrió y el soldado desvió su ruta para desaparecer en el interior del vehículo.

Bajo la acacia, el anciano observaba en silencio todo aquello, mudo de voz y de gestos en su arrugado y barbudo rostro. Las sombras del atardecer se alargaban, y el viejo mendigo parecía ir moviéndose para mantenerse bajo la sombra de la acacia.

— ¡Vega! —se oyó de pronto una voz que gritaba en desde los escalones de la catedral. Y pronto se pudo ver quela voz pertenecía a un viejo gaucho de figura redonda. Su aspecto era norteño, venía en mangas de camisa, con un chaleco negro y camisa roja. Su chiripá era roja con guardas negras y parecía de lana de alpaca. Un sombrero le tapaba las facciones.

El viejo mendigo hizo como que no notaba que le hablaban y tiró una bocanada de humo al viento, la cual flotó maliciosamente hacia el gordo gaucho que caminaba zarandeando su gran barriga con andar desenvuelto y orgulloso.

— ¡Vega! —volvió a decir poniéndose a la par del viejo mendigo, ignorando los esfuerzos que el otro hacía por desentenderse— ¿Qué pasa? ¿Se te acabó el disimulo? Los masones aquellos capaz que no se dan cuenta, pero hay varios paisanos dando vueltas. Apenas salga una vieja gritando, te meten preso.

Vega tiró del ala de su sombrero para cubrir su rostro, que ya mostraba una desagradable mueca de fastidio. Tardó un rato en responder.

— ¿Te parece que no voy a saber si me van a meter preso? —su voz era rasposa, seca y su tono escueto— ¿Qué hacés acá afuera?

—Ya está todo preparado. Los guardianes están en los círculos esperando a tu muchacho.

Vega pareció sumirse en sus pensamientos por un momento. El brillo de su mirada se apagó por un instante y fue como si su mente hubiese viajado a algún lugar lejano. Su cuerpo perdió todo rastro de vida y sus mugrientas ropas adquirieron el aspecto imperecedero de las telas esculpidas en piedra.

─Bien, pero todavía hay que arreglar unos asuntos. Las visiones me muestran una batalla y un incendio. Es ese fuego el que tiene que templar el alma de Lázaro antes de bajar.

─ ¿Ése es el general que nos está limpiando? ─inquirió el gaucho gordo mirando el coche que se alejaba después de que el soldado se hubiera bajado─ Tendríamos que matarlo. A ése y a todos los otros. Se acabaría todo este problema y no tendrías que esperar tanto.

─Vos no sabés contra qué peleamos. Te aseguro que lo único que nos mantiene vivos es el secreto. Si no, apenas asomemos la cabeza nos van a comer vivos. Paciencia, Zupay, que ya estamos muy cerca.

El día era helado. Apenas sí corría una briza que agitaba la alfalfa de la plaza, con un murmullo seco y casi deprimente. El cielo gris, unas pocas personas envueltas en sus abrigos, aquellos escasos que se atrevían por necesidad o por el ímpetu de escapar al encierro. Y mientras el sol descendía por el horizonte, la sombra del árbol dejaba de refugiar a los dos ancianos que seguían hablando bajo la acacia. Entonces Zupay señaló con la cabeza a los pies del mendigo. Éste miró en la dirección que le indicaban para percatarse de que la luz anaranjada dejaba ver, a sus pies, la ausencia total de una sombra. ─Me tengo que ir, Zupay ─declaró entonces Vega─. Deciles a los guardianes que esperen.

Y dicho aquello, el mendigo hinchó su pecho al tiempo que daba una larga pitada al cigarro. Su pecho se hinchó con el humo, sólo un momento antes de exhalar una espesa nube gris. El humo brotó de las fosas nasales y de entre los labios del anciano y parecía danzar en el helado aire, mas la débil briza no se lo llevaba. En vez de eso, la humareda se fue acumulando más y más y el viejo no dejaba de exhalar. Finalmente una densa nube gris cubrió al anciano bajo la acacia. Para cuando por fin la nube se dispersó, sólo el árbol permanecía sobre la maltrecha vereda de ladrillos. Ambos ancianos se habían esfumado.

El pajonal lucía triste y adormilado bajo la pálida luz de aquel sol invernal. A través de las secas plantas, el viejo mendigo andaba forcejeando con su poncho, que a cada rato se le enganchaba. Iba olfateando el aire cual sabueso, y andaba en una trayectoria sinuosa, intentando interceptar el rastro de algo que evidentemente ya se había marchado, o quizás todavía no hubiese llegado.

Por fin llegó, tras sortear los surcos y zanjones que poblaban el reseco lugar, a una casucha de madera que se erguía a duras penas por encima del pajonal, remarcando la austera desolación de Las Playas, curioso nombre para aquella extensión de paja seca y deshabitada.

En ese sitio se detuvo y recorrió todo el lugar con la mirada. Ya habiendo aparentemente encontrado lo que buscaba, se puso una mano en el barbudo mentón en actitud contemplativa.

— ¿Acá es? —dijo una voz a su espalda, con aquel acento altanero de los aristócratas del puerto.

El viejo se volvió para encontrarse con un joven uniformado, aquel mismo que se hubiera subido al coche del general allá en la plaza. Era recio y de rasgos finos, enorme de estatura, casi dos metros, y de contextura fornida. Parecía quizás demasiado joven para llevar las insignias de sargento. Lucía su rostro afeitado y abundantes patillas oscuras, muy al estilo de los viejos próceres. De porte orgulloso y pecho henchido, aquel oficial llevaba dos sables, cada uno colgando, enfundado, de cada lado de su cadera. A la espalda, cruzados en el cinto, llevaba dos revólveres Lefaucheux.

—Sí —respondió el anciano, para después volver a mirar la destartalada casucha—, esta es la casa prendida fuego que vi. Acá es donde va a empezar todo, donde va a nacer nuestro líder —y dicho esto el viejo sacó el facón que llevaba en su faja y, sin dudarlo ni un instante, rápidamente practicó un corte desde la base del meñique hasta el pulgar de su mano izquierda. Pronto el fluido carmesí brotó de la herida abierta y se deslizó en un delgado chorro que anduvo hasta la mitad del dorso de la mano antes de caer en diminutas gotas al suelo y perderse para siempre.

El soldado observó en silencio mientras el viejo apretaba el puño para derramar un pequeño reguero de sangre, a la vez que empezaba a caminar hacia la casucha que se encontraba a pocos pasos. Parecía dibujar figuras con su sangre, mientras murmuraba palabras incomprensibles.

Caminó hasta la casa y apoyó su mano sangrante sobre una de las esquinas del edificio abandonado. Murmuró las últimas estrofas de su indistinguible letanía y por fin se volvió hacia donde aguardaba el soldado con gesto despreocupado y brazos cruzados.

— ¿No dijiste que no podías usar tu magia acá arriba o te iban a venir a buscar? —inquirió el joven soldado porteño con tono despectivo.

—Sí, pero no soy tan estúpido como para pensar que me iba a escapar de mi deuda por siempre. Tengo que hacer algo más inteligente si quiero sacarme de encima al capellán.

—Pero estamos muy cerca de la puerta —cuestionó el joven soldado, incrédulo todavía—. De acá seguro que te siguen hasta el socavón y ahí

nos agarran a todos, bah, los agarran a ustedes, porque yo nunca me meto en ese pozo mugriento.

—Y para poder entrar, su verdadero amo va a tener que dar la cara, y él va a tener que someterse a mis reglas. Tenemos que pelear, pero tenemos que elegir nosotros el campo de batalla. Solamente así vamos a poder ganar y después de eso no vamos a tener que escondernos más.

Por un instante el oficial dejó escapar una expresión de perplejidad en sus finos rasgos, pero pronto se recompuso y rápidamente habló de nuevo en su tono altanero.

— ¿Y quién es ese amo?

—El que no tiene cara —contestó el anciano con dramatismo, como si hubiese estado ansiando aquella pregunta desde hacía tiempo, como si toda la conversación hubiese sido planeada de antemano—, el De Muchos Nombres, el Devorador. El Dios Winka —tras su críptica declaración, el viejo se volvió para observar un cerro solitario que se alzaba a lo lejos, justo en el horizonte. El joven oficial porteño se quedó en silencio, contemplando el suelo, sumido en sus pensamientos, intentando dar sentido a las palabras del viejo. Odiaba aquella forma de hablar, que le parecía trabajosa y enrevesada en vano. Probablemente los aristócratas amantes de la poesía y las artes absurdas admirarían a aquel viejo si no vistiera poncho y chiripá, mas el soldado sólo veía complicación innecesaria ahí justo donde todo debía ser más claro por necesidad: el lenguaje. Después de todo, ¿de qué serviría hablar el mismo idioma si a pesar de eso dos personas son incapaces de entenderse? Llegó a la conclusión de que no hay lenguaje más eficiente que el de un sable y un fusil. Todos entendían ese lenguaje.

Entonces el joven soldado, cansado del diálogo, decidió apresurar al anciano:

— ¿Y a mí para qué me trajiste?

Una vez más, el viejo mendigo parecía estar aguardando aquella línea de diálogo, cual director que asiste al guión de su propia obra. Se volvió hacia el soldado y con un gesto imperioso ordenó que extendiera su mano. El soldado obedeció y le ofreció su derecha, mas el viejo rápidamente negó con la cabeza y le señaló la otra mano. El soldado hizo un gesto de hastío y, no obstante, cumplió lo que se le ordenaba. Entonces el viejo mendigo, con un veloz ademán, cortó la palma del muchacho de la misma forma en que lo hubiera hecho hacía un momento con la suya propia. El herido frunció levemente el ceño, permitiéndose una casi imperceptible expresión de dolor que no llegó a durar un segundo, pero mantuvo la compostura sin problema alguno. Acto seguido, el viejo miró el facón, todavía cubierto con su sangre y la de su acompañante

mezcladas. Después se acuclilló y, con fuerza, clavó el puñal hasta el mango en el suelo. Cerró los ojos y murmuró algo entre dientes y sólo después de aquello soltó el mango de hueso y se incorporó.

—Como todo en el Universo, el tiempo es un círculo, y eso está impreso en todas las cosas. Acá, donde alguien más va a dar comienzo a un nuevo tiempo, a una nueva era, vos, en este mismo sitio, vas a terminarlo. Un nuevo siervo va a descender a los siete círculos, pero tras él cargará un destino, un cambio o una traición. El tigre rugirá por última vez escondido en su desierto añorado y los crueles amos cortarán su cabeza y la colgarán en una pared. La rebelión no morirá, mas el mal, el MAL, será fuerte y querrá devorar nuestros dominios. Querrá el líder joven, querrá el traidor acabar con ése mal. Laureles victoriosos coronarán sus sienes alimentando su joven corazón, vaciando su tierna cabeza. Querrán matar al MAL y lo van a intentar, sí, pero no se puede matar al mal, ni con el más ardiente fuego; sólo las almas de mil hombres, mujeres y niños o el sacrificio de un dios podrán encerrarlo para siempre. Cuando los siete monstruos caminen de nuevo la tierra, cuando el opresor haya sido extirpado de nuestros campos y nuestros ancestros habiten de nuevo sus hogares, entonces ahí vas a escuchar la llamada, y esa voz te va a decir que vengas hasta acá, y vos vas a venir y vas a enterrar el ciclo que murió para que todo pueda empezar de nuevo.

El soldado conocía aquellos lapsos proféticos del viejo, y sabía bien la futilidad de cuestionar en tal contexto. Así que, ignorando todo lo que acababa de oír, sencillamente preguntó:

— ¿Y si decido no venir cuando me llamen?

—Sea como sea, el círculo se va a cerrar. Lo demás está todo escrito en los engranajes del tiempo. Ahora decime, quién es el que lleva las riendas. ¿Es Paunero después de todo? —el soldado hizo gesto de fastidio.

—No, no es Paunero. Ése no sabe nada. Paunero le responde a Sarmiento, a lo mejor es él. ¿No era que vos podías ver el futuro y qué sé yo? ¿Por qué me tenés dando vueltas de un lado para otro así?

—Ellos se esconden. Esconden sus caras, sus nombres, todos bajo las alas negras del capellán. Vos sos el único que puede mezclarse entre ellos y andar, y sos uno de los salamanqueros más poderosos. Andá con las montoneras que pelean contra Sarmiento en Cuyo, seguilo al Chacho y sus camaradas y averiguame si acaso es Sarmiento el titiritero.

Estando ya todo dicho, ambos hombres se propiciaron un austero saludo y se alejaron por rumbos opuestos: el soldado de regreso hacia el este, de vuelta a la ciudad que empezaba a cubrirse bajo el manto de la noche; el viejo mendigo hacia el oeste, rumbo a aquel cerro solitario que aguantaba las últimas luces rojizas del atardecer.